



UN CAMINO SIN SALIDA Semilla 011

Vivir como si Dios no existiera es un grave error, una herida profunda por la que sangra nuestra sociedad. ¡Qué olvidadas las palabras del Sinaí dirigidas al corazón del hombre: “Amarás al Señor

tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”! Sin embargo, como dice **Graham Greene**, “Dios no deja de existir cuando los hombres dejan de creer en Él”.

La amplitud actual del rechazo de Dios es muy preocupante para el **Vaticano II**: “La negación de Dios o de la religión no constituye, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presenta no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo. En muchas regiones esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y la misma legislación civil... Este ateísmo es uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo”.

Los orígenes del ateísmo pueden ser varios: una concepción falsa de la autonomía humana, llevada hasta el rechazo de toda dependencia respecto a Dios; una violenta protesta contra la existencia del mal en el mundo; una adjudicación de valor absoluto a ciertos bienes humanos que se “endiosan”; o sencillamente el apego a este mundo. En la génesis y difusión del ateísmo estamos también los propios creyentes por el escándalo que damos con nuestra propia vida. El **Concilio** dijo que “puede corresponder a los creyentes una parte no pequeña (de responsabilidad) en cuanto que, por descuido en la educación para la fe, por una exposición falsificada de la doctrina, o también por los defectos de su vida religiosa, moral y social, puede decirse que han velado el verdadero rostro de Dios y de la religión, más que revelarlo”.

La forma más común del ateísmo actual es el agnosticismo. El **Catecismo** nos explica que el agnosticismo reviste varias formas. “En ciertos casos, el agnóstico se resiste a negar a Dios; al contrario, postula la existencia de un Dios trascendente que no podría revelarse y del que nadie podría decir nada. En otros casos, el agnóstico no se pronuncia sobre la existencia de Dios, manifestando que es imposible probarla o negarla. El agnóstico puede contener a veces una cierta búsqueda de Dios, pero puede igualmente representar un indiferentismo, una huida ante la cuestión última de la existencia, y una pereza de la conciencia moral. El agnóstico equivale con mucha frecuencia a un ateísmo práctico”.

Algunos hombres alertan sobre las consecuencias del ateísmo: Para **Mons. Saliége** “El hombre sin Dios se convierte en una fiera. Negar la paternidad divina es matar la fraternidad humana”. **Henri de Lubac** dijo: “No es verdad que el hombre sea incapaz de organizar la tierra sin Dios. Pero sí es verdad que sin Dios no puede, en definitiva, organizarla más que contra los demás hombres”. Para **Ossuna** “La ruptura con Dios no suprime la necesidad de Dios”. **Newman** dijo que “Quedarse lejos de Dios no es escaparse de su poder, sino únicamente de su amor”. Para **La Harpe**: “El sentido común les pide a los impíos, que en vez de preocuparse por interrogar a Dios, se preocupen de lo que tendrán que contestarle algún día”. Terminamos con una frase de **Napoleón** que no nos conviene olvidar: “Un pueblo sin Dios es ingobernable”.

Volver a Dios es imprescindible. No está bien vivir como huérfanos teniendo padre. El hijo pródigo siempre tiene abiertas las puertas de su casa. Jesús, Palabra del Padre, nos invita: “Venid a mí... sin mí no podéis hacer nada”.

Florentino Gutiérrez. Sánchez Sacerdote

Salamanca, a 21 de Noviembre de 2005

